

Espacios de convivencia y de reencuentro. Nuevas formas de entender a las identidades desde la cultura tecnológica

Profesora-investigadora del ITESM -
Campus Cuernavaca, México
E-mail: mcasas@campus.mor.itesm.mx

● María de la Luz Casas

La historia del hombre en sociedad es el relato de la eterna adaptación de la persona con su entorno y de seres humanos en su interacción con otros seres humanos. También es el recuento de su devenir en el mundo, buscando imprimir en todo lo que hace la huella de su sentir, de su articulación sobre la realidad y de su cultura. Todo lo que hace distintivas las relaciones que emprendemos, se encuentra predeterminado por una constante negociación entre lo que somos, los valores que poseemos y la importancia relativa que le damos a esta presencia social y cultural frente a la presencia social y cultural de otros. Buscamos reafirmar nuestra existencia por comparación con la identidad de los demás y, en ocasiones, por franca oposición a ella. Somos, inde-

pendientemente de nuestras personalidades individuales, identidades colectivas vivas y cambiantes que se definen en una dinámica cotidiana, día a día, palmo a palmo por las interacciones que sostenemos. Las relaciones, privadas o públicas, ya sean de carácter social, políticas, culturales o económicas, dentro de un contexto social, regional o nacional dan sentido a lo que somos, y al mismo tiempo definen nuestro futuro. Sin embargo, pocas veces reflexionamos sobre las facetas varias de nuestras identidades cambiantes. Frecuentemente sólo las vivimos, como la piel o el aire que respiramos y es que, “la identidad

[] es una realidad histórica cultural que ofrece múltiples desafíos para su aprehensión y comprensión”¹.

Pensarnos en términos identitarios, nos obliga a cuestionarnos no solamente quiénes somos, y qué misión hemos venido a cumplir a este mundo, sino también reconocernos como parte de la raza humana, y como contribuyentes sociales al destino que habrá de tener el hábitat que ocupamos. Por ello es que, preguntarse qué es la identidad, y lo que es más, plantearla como un problema de estudio político y cultural es un reto, pero además, es una tarea metodológicamente difícil aunque sumamente reveladora y es que confluyen en ella nuevos paradigmas, no sólo los que desentrañan el proceso de construcción de

la identidad misma, sino también los que lo articulan dentro de otros ambientes mucho más abiertos como puede ser la sociedad, las naciones-Estado y los nacionalismos, o bien la muy preconizada “globalidad” o “globalización”.

La cuestión de la “*prescindibilidad-imprescindibilidad de la nación*” o bien términos como lo nacional o lo internacional, que en un tiempo dieron paso a la noción de transnacional, han sido dejados de lado para abrir el camino a nuevas las realidades interconectadas de lo global; de tal suerte que la abstracción de lo nacional como concepto revelador de un territorio, una raza, una costumbre o un pueblo, es ahora confrontada directamente con la presencia inminente de otras identidades culturales y nacionales en contextos de internacionalización, mundialización y globalización.

Hoy en día, el propio concepto de la globalización ha de ser revalorado, ya que como diría García Canclini, la globalización como destino ineludible de la modernidad se oculta y se desdobra, ya en palabras, ya en contradicciones mediáticas, para atender a una realidad que es tangible en los círculos del empresariado, pero no en la ciudadanía mundial.

Ese es el verdadero sentido social de los lugares de convivencia y de reencuentro, de integración y desintegración.

Esos son los retos que nos trae el siglo XXI, donde nuevos espacios mediáticos se articulan y se despliegan para poder entender a las identidades desde la nueva cultura tecnológica.

Así como los nacionalismos de Ernest Gellner, fueron en algún momento el mejor recurso para explicar la formación de los Estados-nación; las comunidades imaginadas de Benedict Anderson se tornaron en la articulación más atinada para explicar los movimientos migratorios que se dieron en los intersticios de la Primera y la Segunda Guerra Mundial y el choque de civilizaciones de Samuel Huntington se convirtió en la justificación más atinada que explicaba el desplazamiento de estamentos completos desde de la Guerra Fría hasta la Guerra del Golfo, de la misma manera hoy en día necesitamos paradigmas que expliquen el desplazamiento de las identidades virtuales desde los nacionalismos hasta la multiculturalidad.

El mundo no es ya solamente un conjunto de naciones o territorios que pugnan por establecer áreas de dominio. Los brazos de la tecnología se han ampliado para proyectar a comunidades extendidas que representan, auténticamente a una nueva versión de la comunidad auténticamente imaginada en los espacios de la virtualidad.

Las características que dieron origen a las identidades

culturales o nacionales, la autoconciencia a partir de la conciencia del otro, los lenguajes particulares, los valores compartidos, los artefactos culturales creados, la conciencia de grupo, los intereses económicos y políticos, y muchos otros elementos que fueron los factores de desarrollo de las comunidades identitarias que dieron paso a las naciones y los pueblos, se expresan hoy día de igual manera, pero en diferentes espacios de realidad. Espacios que en síntesis trascienden a las condiciones físicas y temporales de las sociedades ancladas en un territorio y nos lanzan a la posibilidad de encontrar nuevos espacios virtuales de convivencia y de diálogo.

Si el público fantasma de Walter Lippmann y la auténtica participación democrática de la ciudadanía en la prensa fue la preocupación de los sociólogos de principios de este siglo, entonces la creación de comunidades virtuales, reales, que no imaginadas, debe ser la preocupación de los investigadores sociales de inicios del siguiente milenio. La esfera pública como espacio para la construcción de las identidades, para la democratización, para la conciencia mediática y para la paz deben ser los ejes del nuevo paradigma de evaluación de nuestra calidad como sociedades humanas. Por lo pronto, el debate sobre las identidades, sobre la globalidad y sobre la tecnología, que nos ha ocupado

durante varios lustros muy probablemente oscurezca temporalmente el panorama que sigue, no obstante, los resultados de dicha conversación teórica, desde la territorialidad de los nacionalismos hasta la virtualidad de las comunidades imaginadas en el ciberespacio nos guíe para encontrar un paradigma que lejos de ser nuevo, es el mismo que debe guiar la reflexión de la comunicación. La tecnología al servicio del hombre en el sentido de ofrecer los nuevos espacios para la convivencia y el reencuentro. Ese debe el motivo de la reflexión que nos ocupe de aquí en adelante.

En fin, permítaseme por lo pronto, ir guiando parte de la reflexión en el sentido que apunto, y para acotar la desmesura de los problemas teóricos que hasta la fecha hemos reconocido, pero que resultan incompletos para afrontar lo que sigue, y dentro de ellos, me permito recordar por lo pronto los siguientes:

"1] la cuestión teórica general de la contradictoriedad múltiple de la forma nacional, de su continuidad y discontinuidad, su unidad y fragmentariedad y de la lógica inescindible que articula, desde su propia conformación, la dinámica nacional a la dinámica intertransnacional; 2] el examen de la rearticulación de los tejidos nacionales y de la trama mundial, que involucra el actual proceso de transnacionalización capitalista; 3] la cuestión de la especificidad de

*la forma nacional (transnacional) hoy, que comporta una analítica de los nuevos sistemas hegemónicos que la constituyen, de las luchas actuales por la conformación de lo nacional y del modo como estas luchas resignifican la consistencia de la nación, y la construcción de las identidades nacionales*².

Como se sabe, la noción de uno o unos, versus la noción de los otros, estuvo en principio determinado por raza, lengua y territorio. El Estado servía, en todo caso, como esa articulación conceptual que permitía concatenar las nociones de lo político con lo económico, garantizar la supervivencia y generar en todo caso la convivencia a través de movimientos alternativos de guerra-paz que definían a las identidades más fuertes por sobre las más débiles. ¿Qué es lo que sucede ahora? El Estado ha devenido corto, inservible a las necesidades de los grupos, incapaz de integrar la pluralidad de identidades que lo componen, impotente frente a las posibilidades de convivencia fuera de su territorio. El Estado, arrancado de la historia moderna y enfrentado a la crisis de la posmodernidad, pervive por ser una de las raíces esenciales de nuestra historia, pero ya no responde a los mecanismos de identificación necesarios para mantener dinámicas y libres a identidades que finalmente han logrado destruir las cadenas de su espacio físico y de su temporalidad. Lo que sí es un he-

cho, es que el concepto de Estado-nación, por contraposición a la noción de lo global o de lo cibercultural, ha quedado absolutamente corto y desbalanceado para explicar una realidad distinta que nos desborda y que parece apuntar hacia un ajuste dialéctico, asincrónico, desigual, estratégico pero no homogéneo en el cual se transita desde lo nacional y lo internacional hacia lo global virtual.

“El Estado-nación, entendido como construcción social e histórica, había sido hasta hace pocos años, el referente dominante que le daba sentido a los procesos de producción y reproducción social. Muchos de nosotros crecimos en un mundo de estados nacionales configurado a partir de una geopolítica bipolar que funcionaba como un marco explicativo de la historia contemporánea. Hoy, en el umbral de un nuevo milenio de la era cristiana, donde las nuevas realidades se expresan con las palabras global, posmoderno e informático, no es exagerado decir que tenemos menos esquemas y seguridades”.

Hay que recordar además, que para una construcción de lo identitario nacional, *“la vida y el despliegue de las naciones son siempre procesos específicos”*³. En ese sentido por ejemplo, aún cuando reconocemos que no podemos escapar a la política como única posibilidad de legitimar nuestra identidad nacional, pero además, como única

posibilidad de trazarnos un modo de vida, tenemos que aceptar que durante un buen tiempo, y mientras no logremos desprendernos completamente de nuestro cuerpo para crear “naciones virtuales” el problema de la identidad nacional estará precisamente anclado al modelo político que hayamos decidido adoptar. Así, en la particularidad de cada una de nuestras naciones, la historia de nuestros devenires y conflictos para el establecimiento de una identidad, ha sido producto precisamente de nuestras fluctuaciones filosófico-políticas en el proceso de darnos a nosotros mismos un sistema político que nos contenga y que nos permita lograr espacios de convivencia y de paz.

La mayoría de las naciones, han pensado que optando por el sistema democrático, pueden garantizar la convivencia pacífica, el reconocimiento a la voluntad y a las libertades del otro como materia prima básica indiscutibles para la civilidad. Sin embargo, se nos olvida que la eterna búsqueda por la democracia no es suficiente para la supervivencia social, y que la democracia como sistema, al categorizar los márgenes de la participación ciudadana, puede traer en sí misma, el germen de la desintegración comunitaria.

“En suma, bajo el mero principio de igualdad de derechos la democracia liberal tiende a limitar la identidad nacional a

una cultura homogeneizante y excluyente, semejante a la que produce la democracia autoritaria. Esta homogeneización excluyente constituye un factor que merma las bases mismas de la democracia: la pluralidad de intereses, tradiciones y opiniones que debaten en el espacio público y conforman el legítimo poder político.

En oposición al modelo democrático liberal, el republicano no afirma como principio fundamental la igualdad, sino el reconocimiento de las identidades culturales diversas. Este principio pone el énfasis en la igualdad de valor y de respeto en las comunidades y, de modo secundario, en el individuo. Esta prioridad se debe precisamente a que la tradición republicana concibe al individuo como miembro de una comunidad, de una cultura que le precede y dentro de la cual define su curso de vida, sus valores fundamentales, sus derechos básicos como persona. (...) Desde la perspectiva republicana los derechos, la legislación y el ámbito de competencia del poder político se adecuan a las identidades culturales, y no al revés, como sucede en la democracia autoritaria y en la liberal, con diferencia de grados⁷⁴.

La historia de cada una de nuestras naciones ha estado plagada de intentos por definir un sistema democrático, bajo modelos autoritarios, republicanos y liberales que pugnan por establecer un esquema que aglutine a la colectividad junto con sus diferen-

cias. En este siglo, como en el pasado, y seguramente en el que está por venir, habremos de encontrar que los cuestionamientos filosófico-políticos esenciales seguirán siendo los mismos. Quizás el concepto rector que aglutine ya no sea la figura del Estado-nación, pero es un hecho que seguiremos buscando el reconocimiento de la pluralidad fundamental de la sociedad mexicana dentro de un nuevo pacto social incluyente y con ello una redefinición de nuestra identidad o, dicho de otra manera, de la identidad nacional.

“El Estado soberano se entiende como una formación histórica capaz de tomar sus propias decisiones políticas, con exclusión de fuerzas externas –estados, bloques, potestades– y de fuerzas internas –iglesias, estamentos, corporaciones⁷⁵”.

Lo anterior implica que el Estado puede darse a sí mismo el marco legal capaz de permitir la convivencia pacífica, pero ello implica la voluntad mayoritaria de la población y el respeto al marco legal. Ahora bien, dentro del marco de naciones y pluriétnicas y pluriculturales las cosas se complican. La demanda de reconocimiento a los usos y costumbres, formas de gobierno y prácticas legales de las distintas comunidades culturales que son parte integral de nuestra nación, no es suficiente para asegurar la convivencia pacífica, ni constituye una reivindicación en el ámbito técnico jurídico por

parte del Estado; simplemente es la expresión de una demanda política que, aunada a otras cuestiones que pueblan el panorama de nuestra identidad nacional, o de la pluralidad de identidades nacionales que habitan en nuestro país, simplemente no hemos podido, sabido o querido resolver.

Ahora bien, qué son los medios de comunicación sino *“el espacio en donde se configuran y actúan las identidades es el del imaginario colectivo⁷⁶”* y en ese sentido, confluyen dentro de ese imaginario todas las formas de percepción posibles, tanto la autopercepción, como las percepciones del otro. Ahí se encuentran, conjuntamente, las muchas y variadas percepciones de lo que significa ser indígena, ser ciudadano, habitante de lo rural o de lo urbano, ser hombre o ser mujer.

“Las identidades particulares, personales y colectivas son también, y no sólo, el resultado de la asignación de lugares efectuada por el orden simbólico, de modo que la percepción de un sujeto o un colectivo, pertenecientes a cierto género, se produce como el efecto secundario de una labor ordinal que le precede. Los elementos simbólicos que llevan a asociar a cierta persona con un género u otro son culturalmente específicos. (...) Estos referentes simbólicos de la identidad de género se construyen y se reproducen en el interior de las diversas instancias de socialización: la familia,

la(s) iglesia(s), las instancias educativas, las tradiciones orales y literarias...” y, por supuesto yo añadiría, los medios de comunicación.

A partir de ahí, elaboramos otra serie de dicotomías, cada vez más precisas y más sutiles, que van conformando la multiplicidad de identidades que ahora reconocemos y que cada vez con más frecuencia, nos impiden encontrarnos en él elementos comunes.

Los procesos de aculturación respecto del yo y de los otros, añaden, como en todo orden simbólico, patrones, parámetros o referencias, frente a los cuales interpretar el yo, el ahora y el después; el referente de las identidades permite así, determinar los límites de la cultura, la alteridad y el afuera, la inclusión y la exclusión, el reconocimiento del otro para la convivencia pacífica o para la guerra.

Las concepciones modernas sobre el nacionalismo, que aglutinaban la consolidación de los Estados nacionales del siglo XVIII y XIX, el aprecio por lo propio y la desconfianza hacia lo extranjero, son en síntesis, inoperantes en un mundo en que se fomenta la globalidad y de culturas diferentes, en donde además, paradójicamente se acepta la existencia de los nacionalismos junto con la de los movimientos de nacionalidad excluyente. Paralelamente, a los sujetos se les pide desaprender los patrones de adscripción nacional anteriormente

aprendidos en aras de un reconocimiento a una nacionalidad múltiple.

“En el umbral de otro milenio, observamos la definición de nuevos límites de adscripción identitaria e inéditas formas de resistencia y disputa por las representaciones sociales”⁸.

Cuestiones como la nacionalidad múltiple y el reconocimiento a las identidades indígenas o autóctonas se encuentran sumamente presentes en el debate sobre la identidad nacional de finales del siglo XX.

“Estos cambios incluyen transformaciones tanto en la definición de los estados nacionales, la relación entre los procesos de globalización y las culturas nacionales, como en la relación entre soberanía e identidades nacionales”⁹.

El concepto de nación como comunidad política imaginada, inherentemente limitada, donde el Estado simboliza y garantiza la soberanía, debe ser interpretado nuevamente a la luz de la posibilidad de que los ciudadanos que radican fuera de su país mantengan su nacionalidad. Esto anuncia nuevas condiciones de definición social y cultural de la nación que rebasan las fronteras del territorio, de la misma manera en que posiciones multiculturalistas reclaman los derechos de adscripción étnica y de reconocimiento de la multiplicidad de naciones que habitan en nuestro territorio. Estos dere-

chos incluyen derechos políticos, ciudadanía, derechos de propiedad y derechos a las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia. Así, estamos ante la gestación de nuevas normatividades que inciden en las relaciones sociales y que reconocen como relativo a la identidad nacional, mucho más que una comunidad de lengua y de territorio, pero al mismo tiempo, están comenzando a convivir con procesos que incorporan la existencia de comunidades extranacionales, que están unidas por afectos, intereses, modas, religiones y otros valores que comienzan a interferirse unos con otros, pero que conviven, en apariencia pacíficamente en el ciberespacio.

Por otro lado, pese a que en términos generales los Estados-nación lograron conformar comunidades nacionales imaginadas, no han podido borrar antiguas contradicciones presentes en nuestra diversidad cultural. Desde ese punto de vista, tenemos que reconocer que, inherente a la conformación del nuevo Estado, y si es que dicha figura quiere sobrevivir y ser política, económica y socialmente funcional durante el próximo milenio, tendrá que reconocer que a su interior participan diversos proyectos de nación que incidan en la definición de los sentidos colectivos diversos. Sólo en esos términos seguirá siendo el Estado una figura que pueda ser asequible para las exigencias de convivencia y reen-

cuentro que todos necesitamos tan desesperadamente.

Ahora bien, ¿cómo aceptar que los antiguos esquemas de identificación propia se han desvanecido? ¿cómo reconocer que ya no somos un grupo étnico, lingüístico, religioso o cultural único sino que existen otros? ¿cómo entender que la integración y la convivencia dependen del reconocimiento de los derechos y libertades ineludibles de los demás? ¿cómo entender que el territorio físico es uno, pero que las posibilidades de expresión nacional y cultural han trascendido, finalmente, nuestra corporeidad, nuestras limitaciones físicas y temporales?

El historiador Luis González se ha referido al concepto de *matria* en contraposición a *patria* no para declarar la tierra o el territorio que nos dieron nuestros padres o nuestros ancestros, sino para denominar a nuestros orígenes, a lo que verdaderamente nos une. El concepto de patria, asociado a la herencia de un pueblo, se refiere a los recursos con los que éste cuenta para subsistir como identidad única, reconocible y distinguible a la luz de todos. Sin embargo, hoy en día no hay más una unidad étnica y cultural en una población homogénea dentro de un territorio concreto y con un Estado propio. Tenemos una *Patria*, entendida como el legado de nuestros antepasados, que se desmorona bajo nuestros pies; más que nun-

ca situada en la ambigüedad entre lo comprensible y lo inasequible.

“La patria es el espacio donde se pueden depositar los sentimientos más profundos; emociones que, si bien son construidas socialmente por la clase de amor que la sociedad nacional ha producido hacia su imagen íntima”¹⁰.

Paradójicamente, en un mundo tendiente cada vez más a la globalización, donde se asume que los Estados-nación son obsoletos, siguen presentándose casos en que los individuos deliberadamente acentúan sus diferencias, reelaboran y resignifican continuamente sus identidades, y remarcan su sentimiento de pertenencia a una comunidad. La nación sigue siendo un referente crucial en el complicado proceso de construcción de la identidad, pero en opinión de la autora, más lo es la *Patria* que permite interiorizar las maneras de sentir, actuar y de pensar, interpretar y reconocer los hechos y acontecimientos, y finalmente dotar de significado a las acciones humanas. Si no es la *Patria*, ¿dónde estará entonces la *matria*? ¿Dónde estará el origen de tantas y tantas comunidades imaginadas virtuales a las que los internautas se asocian buscando un resquicio de su identidad perdida?

No es en balde entonces, que frente a todas estas complejidades, frente a todas estas paradojas, nos encontremos,

asomados a una realidad ante la que nos encontramos con ausencia de metodologías explícitas que nos permitan una discusión razonada de alternativas analíticas para abordar la investigación sobre las identidades.

La manera de ver la globalidad o la cibercultura, de la misma forma que la manera de ver las identidades, ha ido variando y variará dependiendo de quiénes queremos ser, cómo nos asumimos, y cómo entendemos la presencia del otro, ya sea dentro de un territorio, de una nación, de una globalidad o de un espacio virtual. Todo depende la perspectiva epistemológica de cada uno y del proyecto político-económico en turno. El problema es que cada cual mira desde su propia perspectiva, asumiendo que puede penetrar en las claves míticas de nuestras identidades, apropiarse del presente y reconocerse como el verdadero depositario de la historia. Y es que:

“Reflexionar sobre la identidad propia es sin duda la más filosófica de las preguntas que nos podemos hacer. Ese quién soy y para qué soy que inaugura toda inquisición sobre el hombre en general o sobre cualquier tipo histórico particular de hombres, no es asunto menor, y debe encararse con el más alto grado de honestidad intelectual posible, ...”¹¹.

Por lo tanto, en un ejercicio mayor de intelectualidad y conciencia, tenemos que

aprender a mirar desde la perspectiva del otro y reconocer que:

“En la época de la globalización todas las culturas, especialmente las dominantes, irrumpen en nuestros hogares a través de los medios de comunicación. (...) [que] en todos los puntos del orbe, cada ser humano se enfrenta a costumbres, tradiciones y concepciones ajenas a la propia [lo cual] impacta directamente en la toma de conciencia de nuestras diferencias, o sea de nuestra identidad. (...) En esta época podemos tener varias identidades en función de varios ámbitos socio-culturales; todo hombre o mujer es, al mismo tiempo, miembro de una familia, de una colonia, de una ciudad, de un estado, de un país, de una región, y ciudadano del mundo. (...) Se es gracias al grupo al cual se pertenece; éste es el sentido de la vida, tanto en el ser como en el que-hacer; por ello la identidad se determina a partir de grupos étnicos, idiomas, religión, ideología y creencias; en una palabra, de valores compartidos. (...) No decidimos por nosotros mismos quiénes somos, lo hacemos a través de la interacción social, de la lucha y del reconocimiento de nuestra existencia por parte de los otros”¹².

Somos el resultado de colapsos políticos, y al mismo tiempo de reacciones de defensa, de revancha, de pactos económicos, de ajustes de cuentas históricos, de la toma de conciencia de los pueblos, de

quiénes son y de su identidad. Y así llegamos a preguntarnos si realmente somos lo que sentimos o mejor dicho, si lo que decimos que sentimos es congruente con la forma como actuamos.

Y como para muestra basta un botón, y hacer simple lo complejo implica después de todo complejizar lo simple, habría que recordar la sentencia de Daniel Manrique:

“Para ser universales, primero se debe ser locales. El ARTE es la base esencial de conocimiento para los humanos. CULTURA es saber todo lo que es “necesario” para el vivir humano, pero saberlo hacer con nuestras propias manos. El ARTE es lo único que nos da dignidad de humanos a toda la humanidad. Tener IDENTIDAD es tener dignidad en las relaciones humanas”¹³.

Para terminar estableceríamos lo siguiente, por supuesto que existen nuevas formas de ver a las identidades desde las culturas tecnológicas, y desde luego que el objetivo es lograr los encuentros que no los desencuentros que nos permitan un mundo de convivencia y de supervivencia futura, sin embargo, el problema de las identidades reviste numerosas facetas: puede constituirse en un problema teórico, político y cultural, del cual forma parte de un entramado conceptual que incluye al Estado, la nación, la diversidad cultural, los nacionalismos, la globalidad; o bien, puede formar parte de

una vivencia específica, articulándose en actores sociales concretos que llevan a sus prácticas cotidianas las distintas apropiaciones de lo cultural y los diferentes sentidos de lo que es ser ciudadano de un espacio físico o virtual hoy a fin de siglo y de milenio. La identidad cultural es ambas cosas y muchas más.

Después de trabajar con estos conceptos, y mirar a la comunicación y a la globalidad desde la perspectiva de la identidad personal y de las identidades colectivas y culturales, uno se queda con la impresión, de que la identidad es como aquellos caleidoscopios con los que jugábamos cuando éramos niños: contienen elementos básicos constitutivos, pero conforme uno los juega, conforme entran en contacto con uno y con sus aspiraciones de vida, cambian de forma desplegando una variedad de facetas multicolores. Lo mejor de todo es que, como en el caleidoscopio, el juego nunca termina, sino que se transforma en arte y la identidad se revela única, cambiante, sorprendente y maravillosa cada vez que la intentamos apreciar.

Esto último es quizás y como de costumbre, lo más rico de la reflexión, porque es ahí donde precisamente el investigador teórico, el intelectual, se compromete con su tarea de vida. Es el momento en donde se compromete la subjetividad con la construcción de

lo social, con nuestra voluntad de convivir, de los encuentros y los desencuentros, de aprender de los demás, porque finalmente lo que está en juego es nuevamente la capacidad de adaptación, la convivencia pacífica, la conservación de la raza humana y del medio ambiente, la posibilidad de seguir viviendo para hacer la historia.

NOTAS

1. Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999. Contraportada.
2. Ana María Rivadeo. “La reinención democrática de la nación... Ese dolor” en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág. 165.
3. *Ibid.*, pág. 184.
4. Ambrosio Velasco Gómez. “¿Qué democracia para qué nación? Reflexiones desde la filosofía política. en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, págs.212-213.
5. Fernando Pérez Correa. “Marco jurídico para la convivencia pluricultural y multiétnica en el Estado mexicano contemporáneo”. en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág. 227.
6. Estela Serret. “Identidad de género e identidad nacional en México”. en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág.242.
7. *Ibid.* págs. 244-245.
8. José Manuel Valenzuela Arce. “Díaspóra social y doble nacionalidad” en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág. 276.
9. *Ibid.*, pág. 277.
10. Tomado de Manuel Gutiérrez Estévez. “El amor a la patria y a la tribu. Las retóricas de la memoria incómoda”. Ponencia presentada en el seminario El Malestar de la Memoria. Trujillo, España, junio 5 a 10, 1995, y citado por Dení Ramírez Lozada. “La patria y la tradición oral. Una historia entreverada” en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág. 313.
11. José del Val. “El balcón vacío”. (Notas sobre la identidad nacional a fin de siglo). en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, pág. 329.
12. Enrique Alduncín. “Perspectivas de la identidad nacional en la época de la globalización”. en: Raúl Béjar y Héctor Rosales (Coordinadores). *“La identidad nacional mexicana como problema político y cultural”*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999, págs. 112,113 y 114.
13. *Ibid.* pág. 396.

REFERENCIAS

-
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Béjar Raúl y Héctor Rosales. (Coordinadores). *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. México Siglo XXI Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades, México, 1999.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, México, 1988.
- Casullo, Nicolás. (Compilador). *El debate modernidad/posmodernidad*. El Cielo por Asalto. Buenos Aires, 1995
- Chomski, Noam. *Política y cultura a finales del siglo XX*. Ariel, Barcelona, 1994.
- Dewey, John. *The Public and its Problems*. Gateway, Chicago, 1927.
- Gellner, Ernest. *Thought and Change*. Weidenfeld and Nicholson. London, 1964.
- González, Luis. *Pueblo en vilo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Habermas, Jürgen. *Identidades nacionales y posnacionales*. Tecnos, Madrid, 1989.
- Holeton, Richard. *Composing Cyberspace. Identity, Community and Knowledge in the Electronic Age*. McGraw-Hill, New York, 1998.
- Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations. Remaking of World Order*. Simon and Schuster. New York, 1996.
- Lippmann, Walter. *The Phantom Public*, MacMillan Press, New York, 1927.
- Mattelart, Armand. *La comunicación-mundo*. Siglo XXI, México, 1997
- Robins, Bruce. *The Phantom Public Sphere*. University of Minnessota Press. Minneapolis, London, 1993.
- Sardar, Ziauddin; Jerome R. Ravertz. *Ciberfutures. Culture and Politics on the Information Superhighway*. New York University Press, 1996.